

Madre María Amparo del Sagrado Corazón



Boletín informativo
2º semestre 2019
Nº 97

*«Yo te espero, Señor, porque las
almas que os poseen gustan an-
ticipadamente de las delicias del
cielo».*

CAMINO DEL CENTENARIO (II)

Caminando ya por las celebraciones del centenario, nos hacemos eco de aquellos primeros momentos en la intimidad de la pequeña casita de la plaza –así llamaban cariñosamente a su primer conventito–, donde el 31 de mayo de 1920 se instalaron sus primeras moradoras, para quienes el título de fundadoras les venía, sin duda, muy grande.

Llegaron a Cantalapiedra, en un tren desde Salamanca, acompañadas del padre Juan González-Arintero, O.P., don Ambrosio Morales, párroco de Cantalapiedra, y de la

joven Magdalena Martín, primera postulante que les regalaba la Providencia divina.

Y dejamos que sea la misma madre María Amparo quien, en las *Memorias de Fundación*, nos cuenta sus impresiones de esos momentos:

«Llegamos a este pueblo por voluntad de Dios hacia las tres de la tarde. Desde la estación nos dirigimos a la ermita de Nuestra Señora de la Misericordia; ante esta venerada imagen consagramos la naciente fundación a la santísima Madre de Dios y nuestra. Las súplicas del santo padre Arintero y las del piadosísimo don Ambrosio, que nos acompañaban, debieron ser atendidas por la divina Señora, si se consideran los frutos que ha dado la humanamente desvalida comunidad.



Ermita de Ntra. Sra. de la Misericordia

Desde la ermita nos dirigimos a la iglesia parroquial, donde oramos ante el Señor Sacramentado, suplicándole, con gemidos inenarrables, bendiciones, misericordia, ayuda y protección para la comunidad, pero, sobre todo, su gracia divina para amarle, servirle y glorificarle, dándole gusto en todo. Solo él sabe con cuánto amor y dolor se oró en aquel entonces... Se rezó el Te Deum en acción de gracias por los beneficios otorgados a la obra que íbamos a emprender con el fin único de darle gloria cumpliendo su santísima voluntad.

A continuación nos dirigimos a la casita dispuesta para convento provisional. En pequeño, reunía buenas



Iglesia parroquial

condiciones para ser habitada: dos coros, uno alto y otro bajo, este tan pequeño que con trabajo cabíamos en él siete personas; el alto era mayor, aunque no mucho. Dormitorio capaz para cinco camas, y en él hubo que acomodar con el tiempo hasta diez camas. Cuartito interior muy oscuro, que destinamos primero para ropería y después hubo que habilitarlo para

dormitorio. Desván, sumamente destarta-

lado, se usaba para secar ropas lavadas; no servía para más. Escaleras amplias para bajar al piso principal. En este piso, capilla, sacristía exterior, portería amplia, cuartito para demandadera, coro bajo, sacristía interior, pasillito, vestíbulo, cuartito del torno, otro vestíbulo pequeño, refectorio amplio, cuartito pequeño con rastros de antigua capillita con bóveda, una salita contigua espaciosa y clara que destinamos a sala de labor; en ella dos alcobitas de regulares dimensiones; contiguo a esta

sala un aposento pequeño que destinamos a carbonera, cuartito para fregadero, una pequeña alacena. Fuera, más cerca del patio, otro cuarto. Bajando unos pasos de la cocina y en un pasillito de separación, despensa muy pequeña. Más interior, otro cuarto muy pequeño y destartado que destinamos también a despensa. Bajando unos pasos más, sótano grande en relación con la casa; reunía condiciones inmejorables para conservación de las provisiones y demás. Hermoso patio: en él, una pequeña galería en donde hacíamos, con mucha devoción y



Primitivo convento

alegría santa, los recreos cuando el tiempo lo permitía. Un aposento pequeño, pajar bastante grande, locutorio interior y exterior. Estas eran las habitaciones de que se componía la casita, morada de la comunidad durante nueve años menos unos días¹.

En ella, ¡cuántas bendiciones del Señor, cuántos consuelos celestiales, cuánta fortaleza sobrenatural en los sufrimientos nada comunes con que nos favoreció la divina bondad!

El mismo día 31 de mayo se bendijo la casa. El 1º de junio y muy temprano, serían las cinco de la mañana, se

¹ En realidad, sería más correcto decir, «menos unos meses», pues vivieron en esa casa desde el 31 de mayo de 1920 al 23 de febrero de 1929. Esta casa es, desde hace muchos años el ayuntamiento de la villa, pero conserva una placa que indica que allí tuvo su primera cuna el Monasterio del Sagrado Corazón.

bendijo la capilla, pequeñísima y pobre. La bendijo don Ambrosio Morales, en quien había delegado el señor obispo. Asistió el padre Arintero y algunas personas seglares, muy pocas. Celebró la primera misa el padre Arintero, nos administró la santísima comunión y nos tuvo una plática devotísima sobre el Cantar de los Cantares. El bendito padre, que se dirigía a nosotras con el ánimo de alentarnos y consolarnos de los muchos y graves trabajos pasados y prevenirnos para los que nos esperaban y que tanto él como nosotras teníamos previstos, nos prometió de parte del Señor, si nosotras le seríamos con fidelidad, grandes y copiosas gracias del cielo.

El día 3 de junio, después de despedir las visitas, de cortesía unas y otras de curiosidad que nos hicieron los primeros días, nos quedamos en nuestra amada soledad, que tanto deseábamos y de la que estábamos bien necesitadas, pues nos sentíamos rendidas de cansancio. Se puso la clausura hacia las cinco de la tarde. Quedamos en el monasterio: mi pobre persona, con un cúmulo de males físicos y de penas espirituales difíciles de expresar en pocas líneas; sor María Patrocinio de San Francisco, profesa de votos solemnes; sor María Francisca de Jesús, novicia; y Magdalena Martín, postulante».

Así de humildemente comenzaba la andadura del Monasterio del Sagrado Corazón: una casa, pobre y regularmente acomodada, y cuatro almas, sencillas, fiadas en la promesa divina: «No haces tú la fundación, sino yo; no es obra de criaturas sino mía». Esta promesa animaría sus almas en medio de las fuertes luchas e incomprensiones que les venían del exterior, tanto por medio de seglares como de clérigos; aunque también contaban con el incondicional apoyo de don Ambrosio Morales, párroco de

Cantalapiedra y desde ese momento también capellán de la comunidad, y del padre Arintero; y, asimismo, de algunas familias fieles, entre ellas la de la madre fundadora, que las apoyarían y ayudarían cuanto pudieran.

Por eso, a pesar de las dificultades, madre María Amparo, podía afirmar con plena certeza:

«Las almas plenamente unidas a Dios arrebatan las gracias de su precioso Corazón, porque él se complace en hacer suyos sus tesoros».



Sor María Patrocinio



M. María Amparo



Sor María Francisca



Sor María Concepción
(Magdalena Martín)

APERTURA DEL CENTENARIO

El 1 de junio celebramos la apertura del Año jubilar que nos ha concedido la Penitenciaría Apostólica con motivo del primer centenario de la fundación de nuestro Monasterio del Sagrado Corazón. Este durará hasta el 31 de mayo de 2020, fecha en que se cumplirán los 100 años de vida conventual.



A las doce y media del mediodía tuvo lugar la solemne eucaristía, precedida por el rito de apertura de la puerta santa, que previamente habíamos decorado con el fin de servir de referente para quienes la vean, recordándonos que el Señor está sediento de nuestro amor y nos ofrece la verdadera agua viva. Asimismo, con idéntico fin, habíamos colocado en la torre de la iglesia un cartel de lona de seis metros que permanecerá durante todo el año jubilar.



Presidió la eucaristía nuestro señor obispo, don Carlos López Hernández, al que acompañaron veintidós sacerdotes, un diácono, dos seminaristas y algún otro acólito.

Antes de la apertura de la puerta santa se hizo lectura de la concesión del año jubilar por medio de la Penitenciaría Apostólica. La eucaristía se desarrolló con mucha solemnidad, pero sin ningún rito especial. Hubo una gran afluencia de fieles, deseosa de unirse a nuestra acción de gracias y de participar desde ese primer día del gran don de la gracia jubilar.

A primera hora de la tarde, en la iglesia parroquial tuvo lugar un rato de oración guiada, rememorando la llegada a Cantalapedra de las cuatro primeras hermanas desde el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca. De vuelta a nuestro monasterio, en la iglesia se proyectó un sencillo audiovisual recordando los inicios de la fundación y un breve recorrido hasta el día de hoy.



Han sido ya muy diferentes grupos parroquiales y personas particulares de diferentes diócesis las que han peregrinado hasta nuestra iglesia para ganar la gracia jubilar, y otras muchas esperan poder hacerlo a lo largo de este año. El río de gracias que madre María Amparo vio derramarse del Corazón de Jesús, sobre el que estaba fundado el monasterio, sigue dando vida a cuantos quieren saciar en él su sed. Hoy, como en su vida terrena, Jesús sigue gritándonos: «¡El que tenga sed que venga a mí y beba el que cree en mí..., de sus entrañas manarán ríos de agua viva!» (Jn 7, 37. 38).

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS QUE VIVIERON CON MADRE MARÍA AMPARO

Continuamos los testimonios de las hermanas que acompañaron a nuestra madre María Amparo en la fundación del monasterio.

Sor María Francisca de Jesús (Jesusa Viruega García) ingresó en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca con el fin de acompañar, en su momento, a madre María Amparo a la fundación de Cantalapiedra. En el monasterio salmantino solo tomó el hábito de clarisa, siendo la primera en profesar en la reciente fundación en manos de madre María Amparo.

SOR MARÍA FRANCISCA DE JESÚS

Quisiera poder trasladar al papel, si de ello fuera capaz, todo lo que siento y llevo en el corazón y en el alma. Por tratarse de nuestra madre queridísima, es algo muy grande y muy hondo, que otra con más capacidad sabría expresarlo; yo me siento impotente, a pesar de haber vivido largos años en tan santa compañía, pues tuve la inmensa dicha de ser la primera que hizo la profesión en manos de tan llorada madre.

Por disposición divina pasé dos años junto a nuestra madre queridísima en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca. ¡Si yo fuera capaz de decir lo que presencié en aquellos dos años...! Su vida era un continuo milagro, enferma hasta el punto de creerla en inminente peligro de

muerte. Las gracias altísimas que recibía, trataba de ocultarlas, y nada más doloroso para ella, que tener que manifestarlas, aun cuando fuera la voz de la obediencia quien a ello la obligaba. El locutorio fue siempre su tormento, pero acudía con la sonrisa en los labios, por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Llegada la hora de cumplir la misión que el Cielo la había confiado, creyó que vendría con nosotras, para desempeñar el cargo de abadesa, una monja de las Úrsulas de Salamanca, la cual, llegado el momento, no pudo acompañarnos. El disgusto que esto produjo a nuestra madre querida, fue grandísimo; tan convencida estaba de su incapacidad, que no veía era la Providencia quien así lo disponía.



El mismo día que supo que no venía con nosotras la referida monja, estaba bajo la impresión de pena y sufrimiento que dejó dicho, me aseguró de dos aspirantes que a nuestra llegada iban a ingresar en la nueva fundación no perseverarían. «¿Ves esto que nos pasa? Pues ten en cuenta lo que hoy te digo, y es que Amalia y Teodora no perseverarán». Estas fueron sus palabras y efectivamente así sucedió.

A tal grado llegaba su humildad, que se creía, estando dotada de una inteligencia tan extraordinaria como su santidad, incapaz para ello; fue necesario que el mismo nuestro Señor se lo diera a conocer claramente, y como su

lema fue siempre «la fidelidad al divino beneplácito», aceptó aquel nuevo martirio.

Llegó el día en que debíamos dejar nuestra residencia de Salamanca para venir a esta fundación, ¡un día memorable...! Vinimos sin apenas recursos; una confianza y una esperanza grandísima en la Providencia de Dios, era nuestro único caudal; esto lo completaba aquella madre tan santa, en la cual habíamos depositado nuestra vida y nuestro porvenir.



Estaba tan habituada a la mortificación que al día siguiente fue la primera en levantarse; y como carecíamos hasta de lo más necesario, no teniendo sillas, permanecía en pie, para que nosotras nos sentásemos en los baúles.

Ni por su estado de salud, ni por razón de su carácter, se eximió nunca del trabajo, fregaba la loza y hacía los demás oficios como todas, dándonos siempre y en todo momento, altísimos ejemplos de perfección y santidad.

Su virtud llegaba a un grado heroico, nos enseñaba más con el ejemplo que con las palabras, y era tan ardiente el interés que tenía por nuestras almas, que en cualquier momento hubiera sacrificado su vida, y aun la nuestra, porque adquiriéramos mayor santidad.

Su corazón estaba siempre pendiente de nuestras menores necesidades, tanto en el orden espiritual como en el material, y era tan ilimitada la confianza que teníamos en su cariño, que nuestro querer y no querer era el de aquella madre incomparable. Con palabras llenas de ternura delicadísima, nos alentaba en los momentos difíciles y de penas interiores, pero cuando cometíamos la menor falta nos lo advertía enseguida, y si era necesario empleaba palabras llenas de santa energía.

En una ocasión en que fregué la celda sin su permiso, al enterarse, me hizo cambiar a otra que estaba bastante descuidada. Al oír su mandato, me atreví a decirle: «¡Madre mía, la fregaré primero? ¡De ningún modo, me contestó; pásese como está!». Tratándose de la observancia, ninguna trasgresión era pequeña a su delicadísima conciencia. Formó almas verdaderamente escogidas, espejos fieles en donde a todas horas podía mirarse.

¡Madre querida, haz que ahora más que nunca, sigamos tus enseñanzas siendo luz del mundo y cumpliendo el fin que tuvo el Divino Corazón al fundar este monasterio, demos mucha gloria a nuestro Señor y le ganemos muchas almas. Dios que se complace en ensalzar a los humildes, quiera elevar pronto a los altares a nuestra madre amadísima, que las que tuvimos la dicha inmensa de vivir y conocer su vida, sabemos hasta qué punto es digna de ello; si necesario fuese dar hasta la última gota de sangre para atestiguarlo, gustosísimas lo haríamos.



TESTIMONIOS

Deseo dar las gracias a nuestra venerable madre María Amparo por concederme la gracia de curarme una antigua lesión de tobillo, que me producía grandes molestias y dolores.

C. R.

Quiero dar las gracias a nuestra madre María Amparo. Sé que mis plegarias son oídas y que cuanto le pido ella me ayuda... Sé que siempre está conmigo y con los míos. Mi madre tenía mucha fe en ella, siempre de pequeña me hablaba de ella, y yo sigo con esa fe y más. Gracias por todo. Sigue protegiendo a mis hijos, marido y todos nuestros seres queridos... Gracias por tu intercesión. Sé que estás al lado del Corazón de Jesús. Gracias.

Tu sierva, tu fiel

Unas líneas para agradecer todo el cariño que sentimos de nuestra madre María Amparo. Nos sentimos acompañados por ella y la tenemos muy presente en nuestra familia. Nos lo transmitió nuestra madre, que siempre nos hablaba de ella. Por eso nosotros también se lo estamos inculcando a nuestras hijas.

Familia Abecia Medrano



Nació María Amparo en la villa de Cantalapiedra (Salamanca) el 30 de octubre de 1889. Desde niña sintió una fuerte inclinación religiosa, incrementada por ciertos carismas extraordinarios, que se irían acentuando a lo largo de su vida (visiones, bilocación, profecía...).

A los diecinueve años ingresó en el monasterio del Císter de Arévalo (Ávila), del que tuvo que salir cinco meses después, aquejada de una grave enfermedad.

Durante su convalecencia, tras momentos de grandes oscuridades, luchas y una grave enfermedad, sucedió el desposorio espiritual con la Santísima Trinidad que le fue concedido el 15 de agosto de 1912.

Más recuperada físicamente, aunque de salud siempre débil, ingresaba en el monasterio del Corpus Christi de Salamanca, de hermanas clarisas, el 19 de mayo de 1913. Allí fue dando los pasos habituales en la vida religiosa, aunque en su corazón no dejaba de resonar la visión de un monasterio fundado sobre un río de gracias que había tenido cuando contaba solo diez años de edad.

Y, en efecto, bajo la sabia dirección del padre Juan González Arintero, O. P., el 31 de mayo de 1920 comenzaba la andadura del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Cantalapiedra. El monasterio nacía, dentro de la multisecular Orden de Santa Clara, con el peculiar carisma de amar y reparar al Corazón de Jesús, y pedir particularmente por la santificación de los sacerdotes y almas consagradas.

Madre María Amparo fallecía el 6 de julio de 1941, dejando una estela de santidad, reconocida ya por la Iglesia en la heroicidad de sus virtudes, a la espera del día de su beatificación.

Sagrado Corazón de Jesús, creemos en tu amor para con nosotros y esperamos de tu bondad y misericordia la gracia de corresponder cada día más a este amor. Llenos de confianza, y por intercesión de tu humilde y fiel esposa María Amparo, te pedimos escuches y atiendas la súplica que ahora te presentamos, si ha de ser para mayor gloria tuya y bien de nuestras almas. Amén.

AGRADECEN FAVORES

M.^a Teresa Alvarado (Astillero); Andrés Pérez (Cádiz); M.^a Dolores Moro (Cambre); M.^a José Cáceres (Cantalapiedra); Anónimo (Cantalapiedra); Chari (Cantalapiedra); Rosa Álvarez (Ciudad Rodrigo); Ana M.^a Martínez (Corral de Almaguer); M.^a Luisa Varela (La Coruña); José Luis Muñiz (La Coruña); Familia Franco Pérez (La Orbada); Familia González Luis (Leganés); Pilar Liébana (León); Juliana Delgado (Logroño); Max Ebstein (Madrid); Paloma Pérez-Villamil (Madrid); Sres. Becedas (Madrid); Sres. Palomares (Madrid); M.^a Sol de la Cuesta (Madrid); M.^a Carmen Macías (Madrid); Lourdes Durán (Madrid); Lydia Sanz (Madrid); Ángel Sánchez (Málaga); Francisco Campos (Marín); sor M.^a Luisa (Dominicas-Medina del Campo); Juli Rodríguez (Medina del Campo); M.^a Jesús Amado (Monfero); Amparo Sanz (Navas de Oro); M.^a Elena Tenreiro (Ombre); Ana Pena (Ombre); M.^a Antonia Suárez (Pola de Laviana); Remedios Moreira (Pontevedra); José González (Pozoblanco); Ana Victoria Rey (Puentevedume); M.^a del Carmen Rojo (Robledo de Chavela); Ivette Aróstegui (Salamanca); Familia Franco Pérez (Salamanca); José Montes (Salamanca); M.^a Carmen Sánchez-Guijo (Salamanca); Familia Abecia Medrano (San Sebastián); Paquita Cáceres (San Sebastián); Esther Calleja (Valladolid); Celia Calleja (Valladolid); Misericordia García (Valladolid); Inés Pohlman (Alemania).

«Abrir a Jesús las puertas del alma de par en par, y no un resquicio tan solo, y entregarse a él de tal modo que, sin pedirle permiso, pueda hacer lo que quiera del alma: consolarla o probarla, y ella a todo decirle que sí» (Madre María Amparo).

PUBLICACIONES SOBRE M. MARÍA AMPARO

- *Cuando el Amor es entrega*. Biografía. Por Paloma Tena. P.V.P. 9 €
- *Una obra de amor. Epistolario entre M. María Amparo y el P. Juan González-Arintero*. P.V.P. 10 €
- *Espigando*. Anécdotas. P.V.P. 2 €
- *La estigmatizada de Cantalapiedra*. Espiritualidad. Por P. Gaspar Calvo, OFM. P.V.P. 4 €
- *La santidad una amable manera*. Espiritualidad. Por P. Gaspar Calvo, OFM. P.V.P. 4 €
- *Trigo de Dios*. Pensamientos. P.V.P. 2 €

Para agradecer favores, enviar limosnas, pedir libros, novenas, reliquias y propaganda, escribir a:

CAUSA DE BEATIFICACIÓN MADRE MARÍA AMPARO

***Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús
37400 – Cantalapiedra (Salamanca) – España
Tel: 923530039 / E-mail: mmariaamparosc@gmail.com***

Los donativos y la compra de libros por medio de: Giro postal o bien a la **Cuenta corriente del Banco Popular: ES30 0075 5701 2106 0354 6944 BIC: POPUESMMDL**